ROGER DAVID

Evelyn

Belleza y Juventud

www.relatosdantes.com

Capítulo I

EVELYN
CAPÍTULO 1

Roger David

Consigue más capítulos de esta saga y otros grandes relatos en:
www.relatosdantes.com

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito de su autor y editorial. Todos los derechos reservados.

Título original: Gabriela, Capítulo 1 de saga Evelyn.
Roger David
Editado por Dantes TR
Publicado originalmente en www.relatosdantes.com
2018

EVELYN

CAPÍTULO 1

Esta historia se desarrolla en un barrio perdido de clase baja de una gran ciudad. Es un núcleo poblacional compuesto en su mayoría por humildes obreros, pero desgraciadamente también abundan borrachos, drogadictos, bandas de asaltantes y secuestradores. En ocasiones tan peligrosos que ni la policía se atreve a entrar en este barrio. Era un lugar donde reinaba la anarquía, lejos de toda ley o justicia. Sus calles eran de tierra y había charcos de lodo cada par de metros. Los perros callejeros abundaban por doquier.

En este ambiente vive la protagonista de esta historia.

Evelyn es una chica de dieciocho años que es muy popular con la comunidad masculina. Esto, debido a los agraciados y bien ponderados rasgos físicos que posee. La joven mide un metro sesenta y cinco, pesa cincuenta y dos kilos y su cabello es lacio y de color negro. Tiene unos ojos color verde preciosos, con una mirada entre inocente y coqueta que hace que todo hombre no pueda dejar de verla. Con unos labios rojos y sensuales. Un par de pechos duros, turgentes y bastantes desarrollados. Es de cintura breve, por lo que cuenta con un buen trasero redondo y bien parado. Todo esto coronado con una hermosa cara de niña en plena etapa adolescente.

La joven vivía solo con su mamá, ya que su padre falleció hace varios años en un accidente en la carretera. La chica ocupaba con su madre un humilde departamentito que le rentaban a don Lucas. Este último, era dueño de todo el edificio y también de una cantina de mala muerte que se ubicaba justo a un lado de aquellos departamentos.

La madre de Evelyn trabajaba de enfermera en un hospital público que quedaba casi en las afueras de la ciudad. Por lo que obligadamente debía dejarla sola de lunes a viernes, así que solo se veían los fines de semana. La señora le dejaba encargada su nena a

don Benito, un militar viudo y jubilado, que vivía en el departamento de junto. Don Benito quería sinceramente a la chica, al no tener otra familia, las consideraba a Evelyn y a su mamá como su hija y su nieta, y estaba siempre presto por si ellas necesitaban algo.

Como se contaba, este bombón de jovencita era muy popular con la fauna masculina de ese barrio perdido del mapa. Evelyn gustaba mucho de usar blusitas ombligueras ajustadas, con escotes que hacían resaltar aún más esos tremendos senos. Usaba también minifaldas o vestidos cortos a una cuarta más arriba de la rodilla, haciendo lucir así ese espectacular par de piernas largas y bien torneadas. Cuando salía a algún mandado se volvía el centro de atención de todos los hombres. Viejos, jóvenes y adultos; ninguno se podía sustraer a la vista de la ya encamable colegiala, que a pesar de su reciente mayoría de edad, y del tremendo desarrollo de su cuerpo, todavía tenía una mentalidad de una candorosa adolescente. Para ella, lucir su cuerpazo era un juego, ya que le gustaba oír los piropos que le decían los hombres en la calle. Esto, sin medir las consecuencias que vendrían después. Además, se sentía muy cómoda con esos atuendos ligeros y cortos.

Un fin de semana que su mamá se encontraba con ella, la mandó a comprar a la farmacia unas pastillas para el dolor de cabeza. Esa tarde hacía un tremendo calor, y Evelyn traía puesto un vestido diez centímetros arriba de la rodilla. Este era de esos volados y, de la cintura para arriba, era muy ceñido y tenía un gran escote. La chica se calzó un par de sandalias nuevas, altas de taco, regalo de su mama. Como no la dejaban salir sola a ningún lado, ese día decidió lucirlas; se veía tremendamente espectacular.

Cuando salió a la calle para ir a la farmacia, los hombres se le quedaban viendo con cara de lobos hambrientos. Veían a esa espectacular hembra caminar contoneando ese grandioso trasero, el cual hacía que el vestidito se meciera y se levantara levemente, enseñando más de ese espectacular par de piernas. A su paso le decían

de todo. Hasta los automóviles se detenían para admirarla y la invitaban a subirse. Ella solo los volteaba a ver con esa hermosa cara y les dedicaba una media sonrisa a los que la chuleaban. Con esto, la chica no se daba cuenta que lo único que lograba era hacer que a esos machos se les parara la verga. Al llegar a una esquina vio a un grupo de vagos tomando en la calle. La chica se bajó de la acera para mejor comenzar a caminar por la calle. Los tipos, al verla, le dijeron:

—¡Estás como para metértela toda la noche! ¡Mamacita, que ricas nalgas tienes! ¡Como quisiera meterte la verga por el chico! ¡Chiquita tienes unas tetas tan ricas, que te las mamaría durante horas!

A Evelyn le gustaba que la adularan, pero cuando ya eran muy subidos de tono los piropos, agachaba la cabeza, se ponía roja como un tomate y caminaba rápido.

Cuando por fin llegó a la farmacia, la atendió un joven que en forma nerviosa no dejaba de verle las nalgas y el escote. Evelyn le pidió muy respetuosamente las pastillas para su mamá, así que el joven no tuvo más remedio que dejar de mirarla para ir por lo que le pedía aquella escultural señorita. Se apresuró en buscar lo que necesitaba y volvió para hacerle entrega de una caja con los medicamentos.

La joven también se puso nerviosa al notar que el chico que la atendía no dejaba de mirarla descaradamente con ojos lujuriosos. Ella le pagó, y cuando esperaba su cambio, el muchacho —que tendría unos veinte años— se saltó del mostrador que los separaba y se puso justo delante de ella tomándola de una mano. Esto hizo que la chica se pusiera más inquieta, al sentir que la mano del chico estaba muy caliente y que la miraba sin ningún disimulo de una manera que la hizo sentir muy incómoda. La joven notaba que la desnudaba con la vista. En eso, el chico le susurró al oído:

—¿Sabes? Me pareces una chica bastante sexy, y eres muy linda. —Evelyn se sonrojo.

El joven no podía quitar su mirada de aquel generoso escote. La

chica, por su parte, con dificultad deslizó su mano de las de él y se dirigió hacia la salida de la farmacia, sintiendo como aquel muchacho no le quitaba la vista a su exuberante trasero hasta que salió del local.

De regreso a su casa fue lo mismo. Los hombres le decían todo tipo de cosas, y podía sentir las miradas lascivas de esos machos en sus redondas nalgas. Es que Evelyn era una joven que exudaba sexualidad como ninguna. Los hombres miraban hipnotizados como se movía de un lado a otro ese bien ponderado trasero, y como se le marcaba su pequeño bikini a través del vestido. Era todo un espectáculo para los vecinos admirar a tan tremenda jovencita.

Don Lucas, el dueño del departamento donde vivía Evelin con su mamá, era un hombre moreno y viejo, tenía como cincuenta y cinco años; media un metro setenta, era greñudo y tenía una cara horrible, además de poseer una tremenda barriga. El viejo comandaba una banda de maleantes integrada por otros tres viejos cincuentones, sádicos y viciosos. El fuerte de su negocio era el tráfico de drogas, el asalto y el secuestro de personas.

El viejo Lucas tenía un privado que colindaba con la recamara de Evelyn. En la pared que separaba las dos estancias, había un gran espejo de dos por dos metros que del lado de la joven se veía como un gran espejo normal. Pero del lado del privado del viejo, era un cristal trasparente donde se veía hasta el más mínimo detalle de lo que sucedía en la habitación de la chica.

La colegiala, sin saberlo, le daba unos tremendos espectáculos al viejo lujurioso de don Lucas, y también a su banda. Todas las mañanas se juntaban en el privado para verla levantarse y ver ese tremendo cuerpo virginal apenas cubierto por un diminuto short y una blusita transparente sin brasier. La veían estirarse y levantarse de la cama. Observan como ella se sacaba la blusa y se miraba al gran espejo sin imaginar que su intimidad era tremendamente violada. Los viejos veían esos pechos que parecían haber sido sacados de otro cuerpo. Eran firmes, preciosos, carnosos y grandes. Luego, la chica, se

ponía a posar frente al espejo, apenas cubierta por el diminuto short. Los viejos la miraban casi babeando y se acariciaban las vergas mientras observaban casi hipnotizados como Evelyn se comenzaba a despojar del short lentamente, hasta que lo dejaba en el piso, quedando completamente desnuda.

En una de esas ocasiones, mientras era observada a través del espejo por la jauría de viejos depredadores, la joven, como siempre, se veía tremendamente sensual al estar totalmente desnuda. Un lunar se asomaba cerca de su intimidad y otro gobernaba una de esas tremendas nalgas. La chica se veía al espejo y se daba vueltas viéndose los lunares con inocente curiosidad. Después tomó una toalla y se metió al baño desapareciendo de la vista de los viejos.

Don Lucas, quien ya estaba con la verga afuera y jalándosela, les comentó a sus no menos excitados compañeros:

—¡Que buena está la pendeja! ¡Lo que más me calienta es la cara de nena inocente que tiene, y que no calza para nada con el cuerpo de verdadera hembra que ya está echando!

Anselmo, un viejo de casi seis décadas, gordo, calvo y con una cara llena de cicatrices, le contestó, también dándose masajes en la verga:

—¡Sí, Lucas! ¡La muy putilla está como para meterle la verga toda la vida! ¡Deberíamos hacer algo para cogérnosla!

—¡Sí! —le dijo el viejo Lucas —¡En eso mismo estoy pensando! ¡Ya se nos ocurrirá algo! Pero de que nos la cogemos todos ¡Nos la cogemos! ¡Que no quepa la menor duda! —les dijo, riendo ruidosamente junto a los demás viejos, mientras se daban a tomar cerveza.

Al rato la chica por fin salió del baño envuelta en una toalla. En el momento en que retiró la esponjosa tela de su cuerpo, les dio un lindo espectáculo a esos viejos que se habían mantenido expectantes a su regreso. Evelyn se secó muy lentamente; lo hizo empezando por su busto, con una paciencia y unos movimientos súper delicados. Luego

le tocó secarse su parte íntima, que se le veía muy nítidamente. Así la observaban los viejos que comentaban entre ellos lo que estaban presenciando. Les asombraba que ella tuviera tan pocos pelitos en su tajito.

Cuando Evelyn terminó de secar su cuerpo comenzó a vestirse. Se puso un diminuto bikini que hacía resaltar más su tremendo trasero. Enseguida se colocó un sostén sobre esos fabulosos pechos a los cuales todavía no les afectaba la gravedad, a pesar de su tamaño. Después se puso una minifalda, una cuarta más arriba de la rodilla, que marcaba sus fabulosas caderas, dejando al descubierto sus fuertes y blancas piernas. Para terminar, se puso su blusa ombliguera, de esas sin mangas y pegadas al cuerpo, quedando al aire su abdomen liso y sin un gramo de grasa. Con esta enseñaba un generoso escote, que dejaba a la vista más de la mitad de esos tremendos senos.

Su mamá estaba orgullosa de lo bella que era su hija y la animaba a que luciera su cuerpo con ese tipo de prendas, ya que a ella en su juventud sus padres no le permitían usar ropa que estuviese de moda en aquellos años, nada que pudiera mostrar más de lo debido.

Luego de vestirse, la chica enseguida salió de la habitación para ir a desayunar y hacer sus deberes escolares, dejando a los viejos lujuriosos despellejándose las vergas por el tremendo espectáculo recién presenciado.

Todas las tardes, al dirigirse a su colegio, Evelyn era interceptada por don Lucas. Este la esperaba para decirle todo tipo de vulgaridades, y como en ese barrio perdido del mapa no había ley, y nadie se atrevía a decirle algo, la joven le tenía un profundo temor, porque sabía lo sádico y perverso que era.

El viejo, al verla venir, sonrió mirándola con ojos de depravado. Inmediatamente se dio a abordarla:

—Yo te acompaño mamacita, para que no vayas tan sola.

La colegiala sintió mucho miedo al ver como ese viejo horrible le miraba lujuriosamente y sin disimulo alguno el escote de su blusa.

—No, gracias, señor, —le contestó tratando de caminar más apresuradamente.

Pero el viejo se le emparejaba y le seguía hablando:

—¡Estas tan buena, que te haría un traje de saliva, pendeja rica!

La jovencita se ponía roja de vergüenza, y trataba de caminar más rápido para llegar adonde tomaba su bus.

—¡Ándale, mamita! ¡Déjame chuparte esos ricos lunares que tienes en tu nalga derecha, y en tu rajita!

Evelyn abrió muy grande sus bellos ojos verdes. Estaba desconcertada al darse cuenta de que su secreto lo sabía ese viejo. La chica se daba a mirarlo como tratando de saber cómo es que sabía eso, y apenada caminaba más rápido con ese viejo pegado a ella diciéndole todo tipo de vulgaridades.

Hasta que por fin el viejo Lucas la dejó irse viendo como hipnotizado como ese fabuloso trasero —cubierto apenas por la minifalda escolar— y ese par de hermosas piernas se perdían en la distancia. Luego se acercó el viejo Anselmo que había presenciado todo y le dijo:

—No sé cómo le vamos a hacer, pero tenemos que cogernos a esta pendeja. Ya no aguanto, Anselmo. Todas las noches me imagino cogiéndomela por todos lados ¡Me tiene loco!

—¡Sí, lo sé! ¡Todos los de la banda estamos así como tú, Lucas! Pero ya tendremos una oportunidad, y de verdad te digo que no la vamos a desaprovechar.

Los viejos se alejaron rumbo a la cantina a seguirse emborrachándose, y cavilando en como cogerse a la tremenda colegiala.

El viejo Lucas se le ocurrió la idea de conseguir una cámara de video para filmar a la joven en su recamara en sus momentos íntimos. Con esto pensaba sacar provecho de la película. Y así lo hizo, instaló la cámara con trípode, y comenzó a filmarla constantemente.

Así transcurría esta misma rutina todos los días, con los viejos

espiando a la jovencita y molestándola cuando se dirigía a su escuela. Evelyn solo descansaba de estos viejos cuando su mamá estaba los fines de semana con ella, o cuando don Benito la acompañaba. Pero esto no podía ser muy seguido, debido a que el anciano jubilado trabajaba de guardia en una compañía. Por lo mismo, algo vino a suceder un miércoles por la mañana que vino a sellar la suerte de la hermosa colegiala.

El miércoles por la mañana, al despertar, la chica sintió húmeda su vagina, debido al tremendo desarrollo de su cuerpo que por naturaleza ya pedía sexo. Su mamá nunca la orientó sobre estos temas pensando erróneamente que su hija se podía descarriar.

Evelyn creció y se desarrolló siendo una ignorante total en cosas del sexo. Aquella mañana notó que su rajita estaba húmeda y se la tocó para comprobarlo. Cuando se rozó su entrepierna, la joven sintió un extraño escalofrió. Fue una sensación muy agradable, así que se siguió tocando. A los pocos minutos su respiración era mucho más agitada y sus dedos estaban bañados con el flujo de su intimidad. Evelyn no sabía muy bien lo que estaba pasando en su cuerpo. Con una mano exploraba su conchita y con la otra apretaba sus tetas. Tenía los pezones erectos y sentía una extraña desesperación por abrir las piernas lo más posible.

Hubo un momento en que algo se apoderó de ella, ya no podía parar. Aunque le dolía, no podía dejar de apretarse sus senos con fuerza. De pronto, una fuerte sensación de éxtasis invadió su cuerpo. No pudo evitar llevar sus dos manos a su conchita, cerró bruscamente las piernas, y se apretó, quedando de lado convulsionándose, aguantando las ganas de gritar. También mordió la almohada sobrellevando su momento de éxtasis hasta que por fin pasó. Al fin quedó rendida en su cama.

Los viejos, al otro lado del espejo, estaban boquiabiertos por lo que acababan de presenciar. Habían sido claros testigos de la tremenda masturbada que se acaba de dar Evelyn. El primero en

reaccionar fue el viejo Lucas, quien murmurando les dijo:

—Esperen aquí, y verán lo que sucederá.

Don Lucas se levantó de su asiento con la verga tan dura como un fierro y les volvió a hablar:

—¡Esta zorrita ya se pasó de la raya! ¡Nada más nos calienta, y nos deja así! ¿Qué se cree? ¡Si quiere verga…, verga tendrá!

El viejo salió del bar apresuradamente y se dio la vuelta hasta llegar al departamento de la chica. A don Lucas, al haber sido un mal viviente toda su vida, no le costó trabajo forzar la cerradura del departamento de Evelyn. Cuando lo hizo, ingreso a la estancia y se dirigió rápidamente a la habitación de la joven.

Entró sigilosamente al cuarto y le puso seguro a la puerta de la habitación. Lo primero que vio fue que en la cama estaba la ropa limpia de la colegiala, se dio cuenta de que se estaba bañando. Luego se parapetó detrás de la puerta del baño para que la chica al salir no notara de momento su presencia.

Poco después, la hermosa joven al fin salió del baño envuelta en su toalla, sin nada debajo. Estaba secándose el cabello con la mirada hacia el piso sin imaginarse lo que estaba por suceder. Luego volteó a verse en el gran espejo al mismo tiempo que la toalla caía al piso dejando su tremendo y virginal cuerpo completamente desnudo. Evelyn dio un grito ahogado de horror y abrió completamente sus bellos ojos verdes al notar en el reflejo del espejo la presencia del viejo Lucas a sus espaldas. Este se encontraba a escasos metros, mirándola con una sonrisa de lo más diabólica. Lo hacía a la vez que se acariciaba la verga, la cual se mantenía en una tremenda erección.

—¡Hola, mamita! ¡Qué sabrosa te ves así desnuda! —dijo con malicia don Lucas

Evelyn con sus manos trataba de taparse sus senos y su intimidad ante la sarcástica risa del viejo. Sin voltearse, viendo al viejo a través del espejo, con voz asustada y roja de vergüenza, porque nadie antes la había visto sin ropa, le preguntó:

—¿Q… Qué, qué…, desea señor? ¿Qué quiere?

El viejo, siempre acariciándose la verga, poco a poco fue acercándose a la asustada chica. Se podía ver claramente la tremenda empalmada por la delgada tela de la bermuda.

Don Lucas, sin quitar la vista de ese fabuloso trasero —ya que la chica seguía de espaldas a él— observaba sus grandes y bien proporcionadas nalgas. Estas se notaban carnosas, sin rastros de estrías o celulitis, completamente limpias y deseables con gotitas de agua que resbalaban lentamente, haciendo que la vista fuese tremendamente sensual.

—¡Que culo tan soberbio! ¡Es un culazo descomunal! —decía el viejo viéndole las nalgotas, mientras se acercaba muy lentamente a la asustada chica. Don Lucas, estando extasiado al máximo por aquellas tremendas redondeces que tenía a su alcance, no titubeó al estar junto a ella. Tomándola decididamente por detrás de su cuerpo le susurró a su oído—: Qué cuerpo más lindo es el que tienes, putita.

La asustada joven sintió los velludos brazos del viejo que pasaban entre medio de los de ella y de su cuerpo. Evelyn sintió el alcohol en el aliento de aquel hombre.

A continuación, don Lucas bajó sus manos por su breve cintura sintiendo la suavidad desquiciante de esa juvenil piel, luego comenzó a subirlas lentamente. Esas manos sucias y llenas de callos se pasearon como si nada por el abdomen de la colegiala hasta que llegaron al gran premio, sus formidables y nunca manoseadas tetas. El sulfurado viejo las empezó acariciar desde su base, recorriendo todo su contorno, sintiendo su dureza y suavidad. Para después, y sin darle previo aviso, estrujar las dos al mismo tiempo. Cuando lo hizo, el viejo apoyó su dura verga sobre las indefensas nalgotas de la nena y comenzó a puntearla. Este sentía un cosquilleo desquiciante en su miembro. Al sentir esa curvatura y dureza, experimentaba una placida sensación en esas ricas y jóvenes nalgas. Tallaba y tallaba su vergota, moviendo su cadera con enérgico ímpetu, levantando por

momentos levemente ese tremendo trasero. Las nalgotas de la chica atrapaban la palpitante y excitada verga del viejo; ella la sentía claramente dado que el viejo llevaba puesto una bermuda muy delgada. Don Lucas sentía como ese apetitoso trasero lo transportaba al cielo.

Evelyn por su parte no decía nada. La joven solo cerraba los ojos mientras sus tetas subían y bajaban al ritmo de su respiración, que ya comenzaba a hacerse más rápida.

—¡Qué buenas tetas tienes! —Al decirle esto, el viejo comenzó a apretar sus pechos con pasión. Los amasaba fuertemente murmurándole al oído que estaban grandes y firmes, al tiempo que empezó a puntearla con más fuerza. Sus manos continuaron apretándole las tetas, y su cuerpo se apretaba contra la cintura. Esto, para conservar su bulto a la altura de aquellas exquisitas nalgotas. La chica comenzaba a sentirse inquieta por la morbosa situación, ya que nunca había tenido novio y jamás había sido manoseada como lo estaba haciendo ese viejo.

—¡Nooo! ¡No! ¡S… suélteme, por favor! —musitó la adolescente tratando de apartarse. Sus finas y delicadas manitas intentaban quitar las manos del viejo que le masajeaban las tetas, pero el viejo le mordió una oreja diciéndole:

—¡Quieta, mamacita! ¡Si no cooperas te mató! —le dijo, sacando una navaja del bolsillo de su bermuda y poniéndosela al cuello.

La desnuda colegiala, sin más, dejó de ofrecer resistencia. Esto, por el miedo que sintió al sentir la fría hoja del cuchillo en su tibia piel. Desde ese momento dejó al viejo libre y a sus anchas para que hiciera con ella lo que quisiera, solo resistiéndose con su voz. Este, al darse cuenta de la sumisión de la chica arreció en las caricias.

Evelyn temblaba cuando el viejo le lengüeteada la oreja con esa asquerosa boca llena de barba con varias semanas sin rasurar, que hacía que la chica sintiera escalofríos. Don Lucas no dejaba de estrujar esos pechos con ambas manos, y concluía que esas enormes tetas eran

demasiado, aun para sus manos.

Luego de un par de minutos, el viejo con una mano le seguía agarrando las tetas, mientras que con la otra exploraba todo el cuerpo de la adolescente, presionando a la vez su excitada y palpitante verga contra las juveniles nalgotas que tenía a su disposición. Don Lucas acariciaba su abdomen con cara de enfermo. Sus callosas manos sentían la piel erizada de la chica, mientras su experimentada lengua se introducía en su oreja, haciendo círculos que la llenaban de escalofríos. Para después, otra vez, atrapar ambas tetas y dedicarse a darle suaves masajes con los dedos a cada pezón.

La chica solo cerraba sus ojos e inclinaba su cabeza hacia atrás. El viejo, sin pensársela mucho, tomó una de las manos de la joven y la dirigió a su palpitante verga, haciendo que se la tocara suavemente sobre la bermuda.

—¡Por favor, no! ¡No! ¡No, por favor! ¡Déjeme! ¡Déjeme! —decía la chica incapaz de oponerse al viejo por el terror que este le provocaba. Su respiración se comenzó a agitar, por lo que el viejo sentía como su tersa piel se estremecía y se erizaba con el roce de sus dedos. Entonces el maldito se dio la vuelta quedando de frente a ella. Evelyn era alta —lo que representaba otra ventaja más para don Lucas — el viejo supo que no iba a tener que agacharse mucho para disfrutar de lo que ya deseaba hacerle.

La colegiala, estando paralizada por el miedo, no reaccionó y dejó que ese hombre hiciera todo lo quisiera con ella. Don Lucas, ya sin querer esperar más, la tomó de la cintura y juntó su tórrida boca a los dulces labios de Evelyn.

La lengua del viejo, ávida de placer, recorrió el interior de la virgen boca de la muchacha. Mientras hacía el reconocimiento bucal, don Lucas comenzó a sobarle la espalda. Lentamente fue bajando sus manos hasta que la agarró por las nalgas y la atrajo hacia él para que sintiera su bulto. El viejo apretaba esos preciosos cachetes con las dos manos sintiendo su dureza y suavidad. Su lengua experta recorrió

aquel sabroso cuello hasta llegar a sus hinchados pezones, que se erizaron cuando los comenzó a mamar golosamente, consiguiendo que la chica tuviera unos sabrosos escalofríos de placer. Estos hicieron que la entrepierna de la colegiala se humedeciera.

—¡Aaaah, déjeme, don Lucas! ¡Uuuuuyyyy! ¡Por fa… favor! —gemía la pobre joven.

A continuación, Evelyn sólo cerró sus ojos y dejo que su respiración se agitara aún más. Oleadas de placer se sucedían en su cuerpo y don Lucas —viejo zorro en estas cuestiones— sabía que la chica no aguantaría con tantas sensaciones placenteras, que solo era cuestión de tiempo para que se entregara entera. Mientras tanto la colegiala seguía gimiendo:

—¡No! ¡No me haga esto! —le decía la jovencita. Su voz era un susurro apenas audible.

El viejo estaba en la gloria. Ni en sus mejores años de juventud tuvo un cuerpo como el de esa chica, que emanaba un aroma limpio a joven virginal. Por ahora solo se daba a estrujar y mamar como un poseído esas tremendas tetas con las que tantas veces había soñado, que por fin tenía en sus manos y boca. La chica se retorcía al estar experimentando unas ricas sensaciones que nunca había sentido.

—Por favor, no, no, no. Por favor, déjeme, déjeme —le decía Evelyn, con voz temblorosa, cada vez más débil.

—¡Aah! ¡Que rica sabes, y hueles bien rico, mamita! ¡Estás mucho mejor de lo que me imaginé! —le decía el viejo, para después volver a besarla asquerosamente en la boca, y apretarle el culote.

Evelyn, después de aquel apasionado beso, miró al viejo hacia arriba y, con las lágrimas rodando por sus mejillas, le suplicó:

—Por favor, don Lucas, déjeme ya, deténgase. —En su ignorancia sabía que lo que hacían era algo prohibido, pero no podía detenerse. Primero porque el viejo la tenía amenazada, y segundo porque su cuerpo se entregaba cada vez más a esas placenteras sensaciones nunca sentidas. En tanto el viejo seguía diciéndole peladeces al oído.

—¡Oooh, mamasota! ¡Estás bien buena! ¡Tienes las mansas tetas! —La colegiala temblaba como un pollo mojado. Don Lucas, mientras le hablaba, no dejaba de mamarle esas tremendas tetas golosamente. También le lamía esos ricos pezoncitos rosados, con lo que le provocaba unos enloquecedores escalofríos por todo el cuerpo a la curvilínea muchacha.

Todo eso lo hacía el viejo, mientras sus manos acariciaban y estrujaban ese trasero firme, redondo y carnoso.

—¡Que rica que estás! ¡Tiernita y durita! —decía el viejo—. Ni en el mejor prostíbulo de la ciudad encontraría una puta tan sabrosa como tú.

—Basss… taaa… Porrr… faaa... vooor —suplicaba la chica entre jadeos. Muy a su pesar, el aliento del macho le enervaba los sentidos a la nena. Un rico cosquilleo desquiciante empezó a recorrer una y otra vez su rayita de carne. Sentía por todo su cuerpo algo muy parecido a una deleitosa corriente eléctrica.

El viejo solo suspiraba de gusto, estaba dándose el agasajo de su vida. Hilos de saliva bajaban por la erizada piel de la joven. Desde sus pechos hasta su abdomen. El placer que la colegiala sentía en ese momento hizo que su mente se le nublara, estaba perdiendo la batalla contra su propio cuerpo. El placer que estaba sintiendo en sus poros superaba la razón. Evelyn ya se mordía los labios para no gritar de placer.

En tanto, el viejo sobaba ese tremendo trasero, mientras mamaba los pechazos de la chica con esa boca hambrienta de hembra. Manos y bocas le hacían falta al viejo al no darse abasto con tanta carne fresca. Este sabía que la chica no tardaría en perder la razón, y así fue. De pronto la nena dio un gemido.

—¡Aaaaaaah! ¡Aaaaaaah!

Evelyn arqueó la cintura y comenzó a menearse casi por instinto. Estaba con su cabeza inclinada hacia atrás, de esta forma introdujo sus manos en la melena del viejo atrayéndolo más a sus fabulosos pechos.

Fue ese el momento en que toda su resistencia se desmoronó por completo.

El viejo, al darse cuenta, hundió más su horrible rostro entre esos dos tremendos globos de carne. Estaba dispuesto a seguir gozando de la jovencita. Ella mordió su labio inferior.

Don Lucas lamía, apretaba, y mamaba, mientras ella se retorcía de placer ya completamente entregada. Evelyn, con sus delicados dedos acariciaba suavemente la parte posterior de la cabeza del viejo.

Fue en un momento en que el viejo Lucas le comía las tetas entusiasmadamente, en que la chica susurró:

—Ay don Lu… cas, me da p… pe… pena con us… ted…

El viejo solo le respondió:

—¿¡Te gusta, mamita!? —Esto se lo dijo mientras pasaba su lengua babosa por una de las tetas, para enseguida volver a mamársela.

—¡Aaaah! ¡Aaaah! ¡Aaaaaaah! ¡Síííí! —le contestó la joven entre jadeos y suspiros.

Evelyn, con sus ojos cerrados, sentía intensos escalofríos que le recorrían su suave piel. Esto, porque el viejo le lengüeteaba y mordía los pezones con esa boca barbuda que hacía que se retorciera de placer arqueando la cintura al máximo. La chica, en forma apremiante, aferraba la cabeza del viejo contra sus turgentes y duras tetasas. Estaba dejándose llevar en forma total, sumergida en un mar de caricias, lamidas, opresiones y mordidas, que le daba la golosa y barbuda boca del viejo, que trabajaba sin descanso.

La colegiala se sentía morir de placer por esa lengua rasposa; ya estaba emitiendo toda clase de gemidos,

—¡Aaaaaaah! ¡Aaaah! ¡Aaaaah! ¡Aahgggggggg!

El viejo entonces la tomó entre sus brazos cargándola como si fueran recién casados. Lo hizo sin dejar de besar esa rica boquita que, con esos gruesos labios, lo hacían perder la razón.

Don Lucas metía su asquerosa lengua que olía a licor y a tabaco,

llenando de babas la boca de la chica. Ella pasó sus brazos por la nuca del viejo y se dejó llevar rumbo a la cama. El viejo ya estaba dispuesto a desvirgar a esa fabulosa colegiala.

Parecía que ya todo estaba perdido para Evelyn, quien, debido a su inexperiencia en cuestiones sexuales, estaba totalmente entregada a ese horroroso hombre. Este mismo, quien ya se preparaba para lo mejor, la tendió cuan larga era en la cama. La joven tenía los ojos semicerrados debido a la tremenda excitación que sentía. Luego, don Lucas, volteó al espejo e hizo una seña de positivo con su dedo pulgar a su banda, los que seguramente filmaban y se masturbaban con el espectáculo. Hecho lo anterior, el viejo se frotó las manos y se dispuso a continuar con el fabuloso agasajo que se estaba dando.

Don Lucas se despojó de la camisa lentamente, sabiendo que tenía todo el tiempo del mundo —al no regresar la mamá de la chica hasta el sábado—. Con lo anterior, dejó ver esa tremenda barriga que tenía, llena de vellos canosos. Sus ojos estaban rojos por la tremenda excitación.

El caliente viejo comenzó a besarle los pies a la entregada jovencita, y lentamente fue subiendo por esas tremendas piernas sin despegar de ella esa boca barbuda que a paso lento ascendía. Evelyn suspiraba con todo lo que le hacían, por todo lo que estaba sintiendo en su cuerpo.

En tanto, don Lucas ya había llegado a su preciosa intimidad, coronada apenas con un caminito de vellos muy finos. Luego se puso una de las piernas de la chica sobre su espalda para poder dedearle el ano, y ya estando listo, casi sin aguantarse, sumió por fin su cabeza en medio de esos muslos de ensueño, comenzando a darle severos lengüetazos a tan virginal panochita.

—¡Aaaah! ¡Dios! ¡Aaahmmm! —exclamaba y jadeaba Evelyn, arqueando la columna.

El viejo le agarraba las nalgas y trataba de meter sus dedos en el ano de la chica al mismo tiempo que le seguía mamando su apretada

conchita. Evelyn tenía la respiración agitadísima según se le podía oír.

—¡¡Aaaaah!! ¡¡Aaaaah!! ¡¡Aaahggg!! —gritaba Evelyn mordiéndose la mano. Pero el viejo no paraba de chuparle la vagina. Este lo hacía cada vez más rápido. La joven se retorcía en la cama, tratando de no gritar. Ahora era ella solita quien le rodeaba la cabeza al viejo con su pierna y le apretaba la cabeza contra su rajita, como queriéndose meter aquella gorda lengua más y más adentro.

—¡Mmmm! ¡Aaaaaaaah ¡Aaaaaaaah! —Los jadeos que hacía Evelyn cuando gemía eran enloquecedores.

El trasero de la chica estaba muy cerradito. Por lo mismo, el viejo no podía meterle un dedo por ahí. Así que se lo sacó y se lo empezó a pasear en la vagina, la cual estaba muy húmeda debido a los lengüeteos que aún sufría.

Luego de un rato, sin que el viejo dejara de chupetear ni por un segundo, este mismo volvió a la carga en el cerradito ano de la joven. Ahora presionaba con uno de sus sucios y callosos dedos el virginal anillo. Lo estuvo haciendo hasta que al fin la penetró, comenzando así un acelerado mete saca sin parar. Su larga y experimentada lengua la metía hasta encontrar sitios placenteros en la jovencita, quien no dejaba de retorcerse y de gemir.

—¡Aaah! ¡Uuufff! ¡Aaah! —Su respiración se aceleraba, y sentía olas de calor y placer que se expandían desde su zona pélvica hacia el resto de su cuerpo.

Evelyn gozaba doblemente al sentir la penetración en su ano y el cosquilleo placentero que le provocaban esa larga lengua en su rajita. La joven no dejaba de arquear la espalda y de cerrar sus manos sobre la sabana, presa de un placer que nunca había sentido. Por su lado, el viejo no paraba de mamar con avidez el joven y sensible clítoris de la chica, estremeciéndola entera.

—¡Aaaaah! ¡Papi, que riiiiiico! ¡Aaaaah! ¡Papi! —suspiraba perdida en unos extraños y recién nacidos deseos.

Cosa parecida también ocurría con el viejo. La situación lo había

hecho perder la cabeza. Toda su lujuria estaba completamente fuera de control, y no era para menos, esta experiencia era totalmente enajenante.

La jovencita gritaba y se contorsionaba. Esto era porque el viejo internaba profundamente —como podía— su experimentada lengua, agitándola en ese hirviente interior.

—¡¡Aaaaaahffff!! ¡¡Aaaaaah!! ¡¡Aaaaaaah!! ¡¡Aaaaaaggggh! —Mientras gritaba, Evelyn sentía que su cuerpo estaba completamente poseído por el placer.

El cuerpo de Evelyn respondía a estos estímulos. Este se movía hacia adelante y hacia atrás, inconscientemente, tratando de hundir su vagina ardiente en lo más profundo de la boca del viejo, la cual emitía unos excitantes ruidos de succión; señal inequívoca —para la chica— de que ese hombre se estaba tragando todos sus flujos.

—¡¡Aaaaaaah!! ¡¡Luuuuccaassss!! ¡¡Papi!! ¡¡Uyyyyyyyyyyyyyyyyy!!

Mientras, afuera del departamento de Evelyn, sucedía que llegaba don Benito cargado con unas compras y una vecina con cara de preocupación le decía que había visto al viejo Lucas introducirse al departamento de la chica. El jubilado, dejando las bolsas de lado, inmediatamente se dirigió corriendo hasta llegar a la puerta. Como tenía llaves del departamento entró rápidamente y se fue directo a la habitación y trató de abrir la puerta. Al notar que tenía seguro, habló fuertemente hacia el interior.

—¡Evi! —así le decía de cariño— ¿Estás bien, hija? ¡Ábreme la puerta!

Fue como un balde de agua fría para la pareja. La chica reaccionó y, como impulsada por un resorte, se zafó de los brazos del viejo Lucas y comenzó a vestirse apresuradamente, volviéndole la cordura de inmediato.

El viejo golpeó con sus puños la cama por la frustración de no poder seguir agasajándose con ese tremendo y virginal cuerpo.

—¡Por la conchesumadre! —maldecía —¡¿Por qué tenía que venir justo ahora este viejo culiao?! —Rápidamente se levantó de la cama y se comenzó a poner su apestosa playera. Recién se comenzaba a dar cuenta que la fiesta se había terminado y que se quedaría con la verga tremendamente parada. Esta se le veía claramente en su bermuda. Tomó entonces a la colegiala por el cuello y, amenazándola, le dijo:

—Cuidadito con decir una sola palabra de esto, pendeja, porque vengo y te mató. Tú me conoces, y sabes de lo que soy capaz de hacer. —Evelyn asintió con la cabeza—. Le dirás a este viejo metiche que se te descompuso el baño y vine a ver que le sucedía ¿Entendido?

—Síííí —le contestó Evelyn con ojos de miedo.

La adolescente, aún agitada, terminó de vestirse en forma apresurada. Se puso una blusita y un short. Enseguida, le quitó el seguro a la puerta de su habitación y la abrió, dejando entrar a don Benito. Este puso una cara de furia al ver al viejo Lucas que lo observaba con una sonrisa descarada. Evelyn se veía con el pelo totalmente revuelto. El viejito la veía nerviosa, asustada, con la respiración agitada y la cara muy roja.

—Pero ¿Qué demonios hace aquí usted? —preguntó el jubilado a don Lucas.

—No se sulfuré abuelo. Solo vine a reparar una fuga de agua que tenía el baño de esta preciosura, y ya quedó solucionado. Y como no tengo más que hacer aquí, me retiro —volteando a ver a la chica y diciéndole—: Hasta luego, mi reina, ya sabes, cuando tengas otra fuga me llamas, que yo te la arreglo. —El viejo lujurioso de don Lucas hizo abandono de la habitación con una sonora carcajada.

Don Benito en el acto se dirigió a la chica

—¿Qué pasó aquí, Evi? ¿Qué te hizo ese desgraciado? Dime, y en este mismo momento arreglo cuentas con él.

Pero la joven le tenía un tremendo miedo al viejo Lucas, así que solo balbuceó:

—No, abuelito. No pasó nada. Como él dijo, tenía una

inundación en el baño por una fuga de agua, y don Lucas amablemente vino y la arregló.

Don Benito la miró cariñosamente. Este sabía que la chica le mentía.

—¡Hija! Si más adelante me quieres decir realmente que pasó, te escucharé. Siempre tendrás mi apoyo y mi cariño. —Luego de eso la abrazó tiernamente, y enseguida salió de la habitación para retirarse a su departamento.

Evelyn, una vez que se vio a solas, cerró la puerta de su habitación y se arrojó a su cama con las palmas de las manos en su cara. Comenzó a llorar desconsoladamente, sacando toda la tensión acumulada por la situación que había vivido con el viejo caliente de don Lucas, y también, porque don Benito casi la descubre en una situación tan comprometedora. La jovencita ahora sentía vergüenza y asco al recordar como el viejo la acarició, la besó y mamó su escultural cuerpo desnudo. Después de un rato, siempre pensando en todo esto, sin darse cuenta se quedó profundamente dormida. Había quedado completamente agotada.

FIN CAPÍTULO 1.